

Leogrande, William M. and Peter Kornbluh : *Back Channel to Cuba. The Hidden History of Negotiations Between Washington and La Havana.* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2014, XV-523 p.

Por José del Pozo, profesor asociado, dep.de historia, Université du Québec à Montréal (UQAM)

En el año en que Barack Obama anunció un eventual restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos, la aparición de este libro no puede ser más oportuna. A través de una detallada “crónica”, como explican sus autores, el lector comprende dos cosas fundamentales: una, que pese a todo el discurso belicoso entre Castro y los diversos presidentes de Estados Unidos a través del tiempo, los contactos nunca dejaron de existir, lo que prueba la necesidad de un entendimiento entre ambos países. Segundo, el lector se da cuenta de que un acuerdo no depende solamente de los jefes de gobierno, sino –al menos del lado de Washington- de los diversos actores que forman parte del aparato gubernamental, así como del peso del lobby cubano de Florida.

Los autores pasan en revista la actitud de los once gobiernos que estuvieron en el poder en Washington desde 1959 hasta el momento de la publicación del libro. Ocasionalmente, se analiza la actitud de dos gobiernos en un mismo capítulo (Nixon y Ford, Reagan y Bush padre) lo que da un total de nueve. El décimo y último capítulo está dedicado a una reflexión sobre lo que han sido esos 55 años de tensa relación. Muchos de los hechos relatados son ya conocidos, pero otros no, y el mérito de los autores es entregar una visión de conjunto, con un tratamiento equilibrado, sin diabolizar a ninguno de los actores, tratando de identificar las razones que han llevado a la mantención del conflicto esencial, el bloqueo impuesto desde 1962.

El libro está basado esencialmente en las fuentes estadounidenses, lo que desde luego tiene como resultado un análisis parcial de los hechos. El punto de vista cubano es presentado en forma limitada, a través de declaraciones de Fidel Castro o de testimonios de oficiales norteamericanos que estuvieron en Cuba. Esto no es un reproche a Leogrande y a Kornbluh, ya que no podemos exigirles que tengan acceso a las actas del consejo de ministros de Cuba. En cambio, los autores hicieron un uso extensivo de fuentes primarias, entrevistas a muchos de los actores (incluyendo algunos cubanos) y una vasta colección de fuentes secundarias. Cada uno de los capítulos da lugar a una narración donde el lector se entera hasta los más mínimos detalles de cada una de las reuniones –muchas veces secretas y a veces en terreno neutral, como México y Canadá- entre los representantes de ambos países, incluyendo anécdotas y aspectos humorísticos, que si bien para algunos da la impresión de alargar en exceso el libro, para otros hace sentir en forma vívida el ambiente de las negociaciones.

Hubo contactos que se desarrollaron en momentos de gran tensión, y otros, en los que la relación era menos hostil. Durante el gobierno de Kennedy, los autores relatan las discusiones sobre la liberación de los prisioneros de la invasión de Bahía Cochinos, en 1961, que se alargaron a causa de la crisis de octubre de 1962. Detalle interesante, en

ella participaron también los servicios diplomáticos brasileños. Lyndon Johnson, aunque no quería aparecer como “blando” con Cuba, negoció el primer acuerdo migratorio entre ambos países, donde participó España. Nixon, que al comienzo no quería negociar nada con Cuba, y cuyo ánimo belicista aumentó con la elección de Allende en Chile, terminó por dialogar con los cubanos para poner término a los secuestros de aviones, que aumentaban a un ritmo alarmante a fines de los años 1960. El mismo Fidel Castro dijo entonces que Cuba no aceptaría más recibir a los piratas del aire, lo que llevó a un acuerdo, con la ayuda de Suiza. Durante el gobierno de Nixon, Kissinger favoreció una negociación que habría modificado parcialmente el embargo comercial, pero la idea no fructificó porque Cuba insistía en apoyar la causa de la independencia de Puerto Rico (141-143) Carter fue el único presidente que dijo abiertamente querer mejorar las relaciones, ofreciendo vender alimentos y medicinas a los cubanos. Pero la intervención de Cuba en África impidió que la iniciativa se concretara. Aquí los autores destacan el papel jugado por las otras instancias del poder en Estados Unidos: Brzezinski y el Consejo nacional de seguridad criticaban constantemente las iniciativas de Carter, lo que también obstaculizó la relación (211-212). Reagan se declaró muy hostil a Cuba, pero negoció otro acuerdo migratorio, a fin de enviar de regreso a la isla 2,476 inmigrantes cubanos considerados indeseables, a cambio de la liberación de una cierta cantidad de presos políticos en Cuba. Clinton parecía más abierto a una mejoría en las relaciones, pero el presidente demócrata no se decidía a tomar medidas que le pudieran acarrear la pérdida del voto de los cubanos-americanos, sobre todo en Florida. En cambio, Clinton promulgó la ley Helms-Burton, que hacía más duro el bloqueo comercial de Cuba. Pese a todo, hubo colaboración en la lucha contra el tráfico de droga. Bush (hijo) fue el presidente que tuvo la actitud más intransigente y el que menos dialogó, llegando a acusar a Cuba de tener “armas biológicas”, afirmación que duró poco. En fin, Obama, antes de su dramático anuncio de diciembre de 2014 (que no alcanzó a ser mencionado en el libro) hizo poco o nada por mejorar las relaciones, manteniendo a Cuba en la lista de países “terroristas”, y limitando considerablemente los viajes a Cuba, actitud que según los autores se explica esencialmente por el temor de perder el apoyo del senador de origen cubano, Roberto Menéndez, y de otros senadores demócratas anticastristas (373). Esta actitud ni siquiera cambió con la reelección de Obama en 2012.

Además de esta detallada narración de los hechos, los autores hacen ver la importancia (relativa, es cierto) de los actores no oficiales en las tentativas de diálogo. Además de las ya conocidas tentativas de mediación del ex presidente Carter, los autores también mencionan en detalle las intervenciones de la periodista Lisa Howard en los años 1960, del banquero cubano Bernardo Benes, quien hizo 15 viajes a la isla para colaborar en la negociación de Carter para obtener la liberación de presos; en fin, los autores cuentan en detalle la intervención del escritor colombiano García Márquez, el cual hizo esfuerzos infructuosos por hacer caer Clinton bajo su hechizo en una reunión privada donde estaba además el novelista Carlos Fuentes, en agosto de 1994 (290-291) Otros actores no oficiales, y de gran importancia, fueron los cubanos exiliados, que jamás dejaron de hacer todo lo posible por hacer fracasar cualquier tipo de negociación, como la acción

del piloto José Basulto, ex combatiente de la Bahía Cochinos, autor de varios vuelos destinados a provocar a los cubanos y así empeorar las relaciones durante Clinton (306-307)

El lector queda con la sensación de que si bien hubo mucho más diálogo del que se podía suponer, y que hubo acuerdos puntuales concretos, nunca hubo una voluntad real por llegar a un acuerdo sobre lo esencial, el bloqueo. En la reflexión final, los autores reconocen que Estados Unidos siempre ha tenido dificultades en tratar Cuba de manera respetuosa, por su incapacidad de aceptar que un país pequeño como Cuba pudiera exigir un diálogo "entre iguales". Pero creen que ha habido otros factores que explican el fracaso de las negociaciones. Entre ellos figuran la incompreensión de ambas partes sobre la importancia del aparato burocrático de cada uno de los gobiernos y el peso de la política local en los dos países para determinar la política externa. Estos dos puntos son interesantes, pero la demostración del lado cubano es débil, dada la limitación de las fuentes. Y creo que sobre este punto los autores deberían haber insistido más en la falta de voluntad de parte por Estados Unidos por controlar las actividades de los cubanos de Florida, siempre dispuestos a boicotear todo acuerdo.

Leogrande y Kornbluh expresan en las líneas finales su esperanza de que el diálogo logre dar resultados, destacando que por encontrarse al final de su segundo gobierno, Obama podría tomar decisiones más audaces. Los hechos ocurridos después de la publicación del libro así parecen demostrarlo, aunque la ruta para una normalización total será sin duda larga.